

TRAVESIA DE UNA GENERACION POETICA

Jaime García Maffla¹

Existe un antiguo trato con la cultura esencialmente improductiva, con beneficios únicamente personales, en el que no podemos distinguir ninguna actitud simuladora.

Rubén Sierra Mejía.

Y mi mejor admiración la poesía china, que con la paz y la serenidad de una visión muy madura, recupera la hondura y riqueza de matices de la sencillez.

Mario Rivero.

“Sobre el Atlántico avanzaba un mínimo barométrico en dirección este, frente a un máximo estacionado sobre Rusia; de momento no mostraba tendencia a esquivarlo desplazándose hacia el norte. Los isotermos y los isóteros cumplían su deber”. Estas son las frases iniciales de **El hombre sin atributos**, de Robert Musil, quien consignó la precipitación y eclipse del mundo del siglo XIX europeo. El título del capítulo que abren es Un accidente sin importancia.

El pasaje bien puede servir para marcar la travesía de una generación de poetas colombianos por las aguas desconocidas e inciertas de su tiempo. Otra señal del viaje – estas líneas sólo quieren dejar unas señales – pueden ser los versos de uno de ellos, Alvaro Rodríguez Torres en El viento en el puente:

... he meditado
en todo lo que fue belleza y hoy es viento,
y en cuan poco puede importarle al viento lo que fue.

Hablamos de la generación de poetas nacidos entre los años de 1939 y 1949. No es nuestro intento hacer una reseña de obras y autores, sino la actualiza-

¹ Pontificia Universidad Javeriana

ción de un espíritu de época (el censo está en la revista *Golpe de dados*, No. CXV, en febrero 1992) y en las antologías **Obra en marcha I y II**, de Colcultura y **Panorama inédito de la nueva poesía en Colombia**, de Procultura, a fin de unir los hilos más visibles y en transcripciones de su fe, de un pensamiento y trabajo creadores sus más visibles móviles, traer algo de cuanto a ellos llegó o decir algo acerca de lo que de ellos – los poetas – quede todavía.

Sin ediciones que lleven sus versos a un público hoy ciertamente ávido de poesía, es esta la generación saludada en las tablas de la vida intelectual colombiana hacia el final de la década de los años sesenta. Dueños de una postura inequívocamente clásica aplicada, no obstante, a una tarea de transformación o transfiguración formales, eran poetas a quienes les fue preciso, por ejemplo, diseñar para su uso privado la Edad Media europea y la antigüedad, hasta aclimatarlas en el trópico o naturalizarlas y llegar, sea el caso, a invocaciones como la de Alvaro Miranda, autor de *Los cuentos de don Sancho Jimeno*:

¡Oh Malaria! ; Oh Malaria! ; Oh Malaria!

Y poetas a los cuales así mismo, por vez primera en la tradición colombiana, se les planteaba el imperativo de asumir sin reservas una actitud crítica ante el valor del poema, con el consecuente desmonte de la lengua poética tradicional, jerarquizada, lo cual habría de distanciarlos de una buena zona del público inscrito en el gusto ya formado. Acaso sea justo hacer una precisión, que una adhesión a la creencia en el sistema de las generaciones, esbozado así por José Ortega y Gasset en **El tema de nuestro tiempo**: Una generación es una variedad humana. Los miembros de ella vienen al mundo dotados de ciertos caracteres típicos que les prestan una fisonomía común, diferenciándolos de la generación anterior. Dentro de ese marco de identidad pueden ser los individuos del más diverso temple, pueden sentirse como antagonistas, pero unos y otros son hombres de su tiempo y por mucho que se diferencien se parecen más todavía .

Alcanzar la significación de los poetas del pasado, pero sin ninguno de los materiales ni recursos del pasado, así se planteaba el dilema vital y creador. Aún más azaroso cuando no les era ya posible a la manera de aquellos poetas estar tan íntimamente ligados a la organización y axiología de la sociedad, con el riesgo de afrontar su desconocimiento o su silencio (sólo que cuando la sección de lecturas de los grandes diarios no incluye literatura o poesía, no está excluyendo al escritor de sus páginas sino aislando al público de sus escritores). Además, por las fechas de sus primeros versos se sentía el final de una cultura hoy cumplida, dándose la pobreza absoluta no en el orden material sino en el del espíritu.

Hay algunos nortes iniciales: uno es la inclinación a la expresión hierática en verso sentencioso, como cuando José Manuel Arango dice:

Pero sabía que era a él a quien llamaban otro, la introspección, que establecerá el diálogo con figuras del pasado, explorando el propio universo, hecho de estaciones mentales que no obstante ser absolutas, ha fijado la historia de la emoción poética, en lo que podría llamarse afinidades electivas, como cuando Juan Manuel Roca da cuenta de que:

Fabrico espejos:
Al horror agrego más horror,
Más belleza a la belleza.

Otro más sería una espiritualización, que ciertamente acerca a estos poetas y a todos en alguna medida a la noción de la *poesía pura*, al hacer del poema el testimonio de una tensión y no el reflejo de una situación, en senda ilustrada por la poética de Giovanni Quessep: *Me alejo de todo estilo de época* y de toda moda y no me interesa describir los objetos de la realidad más tangible. Creo que todo poema debe ser una metáfora del alma: metáfora de sus maravillas y de sus terrores, de sus cielos y de sus abismos, esto es, la transfiguración de la realidad, lo que no constituye el olvido de la misma, sino su afirmación más profunda. Aún el yo lírico es del reino de las fábulas. Están también la abstracción que excluye el juego de palabras y el pensamiento dentro del poema. El pensamiento es también juego y así dirá J. M. Arango, autor de *Cantiga*:

Adivina adivinador
en tu palma traes la adivinanza

Y al lado de estos nortes está la recepción de dos legados de la poesía colombiana del pasado inmediato (Vidales, Aurelio, Carranza, Charry Lara, Gaitán Durán, Mutis, Rivero) que se formulan: uno, como la concepción de que el verso libre no es un recurso técnico sino una actitud mental y el otro, como el convencimiento de que la experiencia intelectual es tan valiosa como la que proviene del contacto directo con el mundo. En alguna ocasión, el autor de las presentes líneas expresó: La poesía es para mí, antes que otra cosa, una vía expresiva, que al ser asumida se convierte en postura ante la vida. Nace de la emoción, y del contacto con el mundo tanto como del movimiento de la propia subjetividad del poeta.

En el terreno de la poesía era el momento de la versión colombiana de la disyuntiva entre la tradición y la originalidad; la lengua poética se había alejado para esas fechas de los rasgos que la hacían reconocible, ya no existía el verso ceñido como punto de referencia, la conclusión de Darío Jaramillo Agudelo en su **Arte poética** otra, reza:

Es duro ser poeta
aunque, la verdad, era más difícil antes
cuando los versos tenían rima.

El mismo D. Jaramillo dará el giro al decir: Entre los árabes del siglo X, al contrario de nuestra precaria tradición, esta república poética figuraba más cerca del álgebra que de la retórica, más al lado de la música que de la teoría del conocimiento. Al final, hay dos instancias: por la una, en ningún paso de su evolución se alejarán de la historia del verso español y por la otra, todos, sin excepción, habrían de montar su verso sobre la estructura musical de la frase. Pasada la aventura verbal de las vanguardias latinoamericanas, pues Colombia no tuvo un movimiento de vanguardia en este lar, quedaba el lenguaje poético no como molde sino como categoría y dentro de ésta como materia otra vez moldeable por la visión. Pero también pensamos que ninguna otra de las anteriores generaciones de la poesía colombiana del siglo XX ha planteado, como la que nos ocupa, tal variedad de soluciones al problema expresivo, ni una riqueza igual en los temas que se incorporan al poema. Dos o tres juegos sí hay que destacar de la reseña que de los poetas aquí tratados hace James Alstrum en la **Historia de la poesía colombiana** editada por la Casa Silva: Los sobredichos poetas participan de un diálogo intertextual e intercontinental que se extiende mucho más allá del mundo hispano. Todos son lectores críticos e incluso traductores de poetas europeos, norteamericanos y orientales. Al igual que Jorge Luis Borges (1899-1986), saben que antes de hacerse poeta hay que ser buen lector de la poesía en todas partes del mundo. Por eso su tema común es redefinir y criticar lo poético en el acto de escribir dentro del marco del mismo poema.

Acaso pueda hoy hablarse en cuanto a estos autores, a un tiempo de una poética de la ensoñación y una poética del desprendimiento, de una fatalidad vuelta soberanía, la certidumbre de la renuncia como posesión, en la constante de una escritura lírica y nostálgica que, en efecto, hizo a Miguel Méndez Camacho ordenar sus **Instrucciones para la nostalgia**. Hace luz sobre el viaje al unísono por estos caminos encontrados Juan Manuel Roca cuando, en una dirección más histórica que intemporal, declara: Claro está, ya lo sabemos, que la poesía está en todas partes (¡inclusive en el poema!). Porque ya no es el oficio de literato lo que cuenta, sino la actitud con que se asume el mundo, escuchando el propio canto de las sirenas sin cubrirse de cera los oídos.

Ha de venir, como en el accidente del Atlántico, el instante del encuentro, que no se esquiva sino se intensifica, entre el vivir y el poetizar, como entre el sueño y la vigilia, ésta y otra vida, o entre las palabras y los actos. Encuentro con el lenguaje que por sí solo genera la poesía. En su **Arte Poética**, María Mercedes Carranza cuenta:

Yo escribo sentada en el sofá
de una casa que ya no existe, veo
por la ventana un paisaje destruido también;
converso con voces
que tienen ahora su boca bajo tierra

y lo hago en compañía
de alguien que se fue para siempre.

Escribo en la oscuridad,
entre cosas sin forma, como el humo que no vuelve,
como el deseo que comienza apenas,
como un objeto que cae: visiones de vacío.
Palabras que no tienen destino
y que es muy probable que nadie lea
igual que una carta devuelta. Así escribo.

o D. Jaramillo Agudelo en su **Tratado de Retórica**:

La poesía, esa batalla de palabras cansadas; nombres de cosas que el ruido escamotea;
llegan los fieles a reconocer el signo, heráldica donde cada rito tiene su lugar:
allá la cornucopia, el gerifalte, el ara, aquí muy cerca una noche y una estrella, amplio tejido de sonidos que oculta
este corazón amargo y aterido, un gajo de uvas verdes, el silencio irrepetible de una calle de mi infancia.

Escribir un poema, entonces, no es una huida de la vida, ni la desrealización del mundo o su desmaterialización por lo subjetivo, sino un acto profundo de apropiación por la imaginación y el sentimiento, como de cercanía por las palabras. Es la palabra en el tiempo, en el ideal de Jorge Marel o la palabra sin reino, en el de Elkin Restrepo, para quien el diario vivir dice una frase tonta .

En el trazado de este ideario llamo la atención sobre dos profesiones de fe, una de Augusto Pinilla, que reza: Ir perfeccionando el acto de nombrar, hasta que la palabra sea, como el verbo de la fábula de Juan, el principio de los mundos, lo cual sólo se lograría perfeccionándose hasta un extremo difícil de concebir. Buscar que el momento histórico que me corresponde, tanto en la cultura como en la cotidianidad superficial, se reconozcan en mi trabajo. Proponer lo que me parece que valdría la pena hacer posible por imposible que parezca . Otra de Henry Luque Muñoz y dice: La vida no es real del modo como lo advierten los positivistas, pero tampoco ideal e impalpable como suponen los metafísicos. Lo real es imaginario, lo imaginario es real. Contra la esquizofrenia que impone la cultura, la de Occidente, que divide la personalidad en una razón represiva y una sensibilidad ahogada, la poesía persigue sensibilizar la inteligencia y hacer inteligente la emoción . Por estas dos citas sentemos el hecho de que, en conjunto, ninguna generación de la poesía colombiana ha meditado tanto como ésta sobre el fenómeno poético, sobre las relaciones entre la poesía y la vida, sobre el propio trabajo creador,

sobre el destino de la poesía; ninguna otra ha hecho del lenguaje del poema una exploración y de la emoción una revelación.

En ese destino están el humor y la trascendencia, la dimensión lúdica de la vida, la elevación y la caída, la melancolía, el amor, la libertad, la heterodoxia. Con equipaje tal a las espaldas la riqueza temática o tales agujeros en las medias, según confidencia de Fernando Garavito, quien certifica, además, que:

Allí abundaban los diablos. El mal se escondía detrás de todas las puertas y en cada una de nuestras almas el ángel de la guarda vigilaba con una espada en llamas.

En estos versos que obligan a leer **Los poetas de siete años**, de Rimbaud, se trazó el rumbo. Esta generación habría de distinguirse por una gran receptividad de tendencias, creencias y lenguajes, tal vez bajo el imperativo de una lucidez que bien pudo detener su evolución, haciendo que las obras sean más de madurez que de juventud. Pero también se distinguió por la fresca relación entre la conciencia creadora y el material poético; que con ellos provino al fin de todas las zonas de la vida. En la nota que acompaña al libro **Peces brujos**, de Aníbal Arias dice: La marginalidad y la irreverencia, la desmitificación y la secularización propios de la sociedad moderna siguen siendo sintonizados en un lenguaje sencillo y provocativo .

Hay que hacer a estas alturas una suerte de paréntesis, más bien de excursión, para decir que el grupo, en cuanto tal, ha recibido distintos apelativos: *Generación sin nombre*, *Del Frente Nacional*, *Postnadaísta*, *De Golpe de Dados* o el de *Desencantada*, éste último el que no era el sólo invalidado cuando pensamos que el mayor de sus poetas es autor del **Libro del encantado**, que uno de quienes ejercen más penetrante influjo sobre sus coetáneos consignó en su poética: Me interesa la búsqueda de lo mágico , que la voz femenina más oída expresó: ... me hago como puedo a lanzas, corazas, ilusiones, que otra de las primeras figuras ha estado, Atento al canto de las sirenas; uno y el otro monta un poema suyo sobre el cifrado número siete con el verso: Azul Azul Azul Azul Azul Azul Azul. Para zanjar la polémica sobre el último apelativo reduzcamos las cosas diciendo que la antigua República de los poetas es hoy un barrio de invasión. Sólo que si alguna obra puede ilustrar su camino, esa sería **La rama dorada**.

Por los años de las primeras publicaciones de este grupo innominado, la escena de la poesía colombiana era presidida por la acción de ciertas figuras de elección: León de Greiff, Luis Vidales, Aurelio Arturo, Eduardo Carranza, Fernando Charry Lara, Alvaro Mutis, Rogelio Echavarría y Mario Rivero. Y es justo resaltar cómo en inmensa medida hicieron de gestores, al no haber en el paso de las generaciones ni rompimiento de parte de los jóvenes, ni retraimiento de parte de los mayores. Pero, en particular, estaba la gravitación de la generación de **Mito**, con la cual se abrieron los cauces de nuestra moder-

nidad, término que entendemos según la acepción de Octavio Paz (quien actuó en las revistas **Mito**, **Eco** y **Golpe de Dados**) en **Los hijos del limo**. Era la plenitud del pensamiento contemporáneo, descrita en función de su propio presente en cuanto poeta por Armando Romero: La creación de la revista **Mito** es el hecho más importante en las letras colombianas de la década de los años cincuenta. Valiente enfrentamiento contra la mordaza que los distintos gobiernos habían impuesto al juego de las ideas. **Mito** salta en medio de ese festín de lo horroroso abriendo las puertas al pensamiento latinoamericano y europeo .

Aún sin rompimientos, se trataba verdaderamente de otra época. Ya no se podía ser lo que habían sido los de **Mito**; menos aún lo que hubiera querido ser el nadaísmo, movimiento de carácter más social que literario. Lo que venía era la transparencia convertida en materia, la gratuidad convertida en destino. Una transmutación en virtud de la cual Giovanni Quessep podrá vacilar: Todo poeta, en fin, como el rey legendario de **Las mil y una noches**, escuchará un día su propia historia de labios de Sherazada, y afirmar Juan Manuel Roca: Me interesa la búsqueda de lo mágico, el trasmundo, la ironía, el humor y el erotismo, las pesquisas por lo maravilloso, que sólo los que no matan del todo su niño, pueden avistar. El poema es la aproximación a esa luz, aunque ande entre tinieblas, palabras éstas que responden a la pregunta planteada por Juan Gustavo Cobo Borda:

¿Cómo escribir ahora poesía,
por qué no callarnos definitivamente
y dedicarnos a cosas mucho más útiles?

Aunque el tiempo afirmará del ejercicio de la escritura: Este lenguaje otro lucidez y conciencia, sí, pero también magia y pasión nos lo recuerda; nos confirma en la certidumbre de que existe otra verdad ..

En la poesía colombiana era, pues, con influjos venidos de todos los puntos de la rosa de los vientos, ya otra era (sin saberse hoy su duración o su leyenda), otra cosa: otra generación, otros asuntos, otras palabras. Entonces la distancia no la disidencia fue claramente abierta por una figura y una obra de irradiación peculiares: Mario Rivero, quien certificó: Sin falsa modestia pienso que incorporo a la poesía colombiana por el camino del cotidianismo, a la vez que conmigo nace un nuevo tipo de poeta. Más significativo era el número de cosas abiertas por Rivero que el de las canceladas, y es por su inauguración que Hernando Valencia Goelkel da un espléndido trazo de los poetas de la generación nueva: Mario Rivero publicó en 1963 su primer libro **Poemas urbanos**. Lo siguieron otros volúmenes que rápidamente hicieron de la voz de su autor una de las más resonantes, de las más acatadas y de las más interesantes dentro de una poesía nacional que, tras la llamada **generación de Mito** y la subsiguiente erupción del *nadaísmo*, ha producido nombres muy valiosos pero dados un tanto a practicar cierta discreción expresiva y temática, la que a menudo envuelve en una luz o en una penumbra co-

mún el trabajo de esos diez o veinte autores que, en conjunto, forman un panorama más que decoroso, brillante. Y Rivero, domador de pájaros, dirá en sus **Poemas urbanos**:

Mario me llamo
soy mordisco al aire
soy un husmea cosas
soy un cuenta cosas

Al no conformar un movimiento programático, no llegan estos poetas a lo que podría entenderse como un lenguaje de época, sino, al contrario, hacen un grupo generacional que se distingue por la diversidad, que es riqueza, de sus voces; una clara diferencia en las soluciones verbales los señala, no obstante estar su pensamiento poético modelado por una misma urgencia, una querencia, unas mismas convicciones y descreimientos, lecturas, episodios, historiales o prontuarios en el orden del espíritu, así como una misma actitud en la desdignificación del pasado. Intelectualmente se vieron abocados a una misma coyuntura, a unos mismos equívocos con ello a hacer parte de una misma estirpe, a pasar las cuentas de un mismo rosario de negaciones, navegación entre dos aguas que los haría ir sin transición de las páginas de la **Historia de Colombia** a las del **Quijote**, de **Las mil y una noches** a **Las venas abiertas de América Latina**, de **Los contratos laborales** a **El alma romántica** y el sueño, de la crítica literaria a **La tumba sin sosiego** o de la prensa diaria a los escritos bíblicos.

En cuanto a los momentos del pasado nacional, eran visibles escasas luces como la de la oscuridad de la colonia o la de la nocturna tradición de Silva, indicada por F. Charry Lara en **Poesía y poetas colombianos**. La gran requisa en el baúl del verso colombiano les dejó entre las manos un incómodo olor a alcanfor que los llevaría a salir a las calles a canjear el mundo por su alma, la poesía de la cultura consagrada por la poesía que abolía la cultura, la dimensión inaccesible de lo poético por la entrañable existencia de sus versos, como cuando Raúl Henao canta:

Bailo con el árbol florecido
En el jardín
mis palabras se cubren de hojas.

La poesía debe ser un baile. El ritmo, la música referirá José Manuel Arango le son consustanciales. Si la prosa corresponde al caminar llano, la poesía corresponde a la danza. Y Hernando Socarrás: El sueño revela su tentación y en leve armadura van nuestras manos haciendo ese nudo de música frágil que algún grito llena de cántaros en su instinto sonoro como colores de ajedrez que se apresura. Alguien como Raúl Gómez Jattin: La poesía es la única compañera o, en fin, desde su exilio en las Canarias, Luis Aguilera:

Yo el suprimido historio la levedad
de mi aventura bajo el cielo cerrado
de mis ojos y me pregunto, camino y pregunto.

Tal vez el paso haya sido dado hacia la certidumbre según la cual no hay otro conocimiento que el poético, que los temas de la poesía son sólo tres en su orden: la nostalgia, la muerte y el amor, vía por la cual habrían de venir los libros primeros de la generación, en ediciones personales de impresión casi artesanal, de circulación casi cerrada, de lectura casi solipsista, de estampa casi solitaria, de vida casi oculta. Pero se trataba de un regalo, como lo dejó dicho en su **Laberinto** José Luis Díaz Granados: Tú recoges este libro como a un cangrejo azul: lo observas un poco extrañada, lo palpas, lo contemplas sobre la tibia arena con una morbosa inquietud, con una gota de terror oculto, con un deseo simultáneo de agarrarlo, exprimirlo con furia o acariciarlo como a un bicho manso; con ternura y pasión disfrazada .

Anotemos que con los poetas de hoy quienes, acaso, por las fechas, vivan su plenitud, o en ellos, la actitud crítica es actitud creadora, como la creación es una posición crítica, idea que trae como paralela aquella según la cual es esta generación la primera que se ve empujada por la necesidad auténtica de crearse una tradición, de inventarse a sí mismos en ese instante único que Manuel Hernández describió como aquel en el cual: ve el espejo las facciones vigilantes del que mira . Entonces era cierto el símbolo de la cruz y la espada. Harold Alvarado Tenorio pide a los dioses una felicidad, mientras para Laureano Alba es verdad el aviso que reza: cuídate de invitar a los poetas a tu casa, o Antonio Zibara y Javier Tafur cultivan los jardines de su ciudad natal.

En el terreno de otro tipo de precisiones tuvieron los poetas de quienes aquí hablamos que conciliar instancias inconciliables como el Siglo de Oro español y la propia tradición de la pobreza, el París de Vallejo y los andenes de Bogotá, el budismo zen y el psicoanálisis el éxtasis de la vida y el horror de la vida, la Academia de Lengua y el realismo mágico o la Universidad y el surrealismo, la cábala y el espíritu crítico, el cine y el pasado prehispánico, Antonin Artaud y Juan Ramón Jiménez, Li Po y G. A. Bécquer, el mito y la razón, el entusiasmo personal y el desestímulo de la escala salarial; en fin, conciliar, según el giro célebre, la realidad y el deseo.

Marcada por movimientos de carácter mundial como la cultura pop, nació la poesía de quienes en Colombia alcanzan su madurez vital en el inicio de los años setenta, en vibración al unísono con tensiones como las de C. Vallejo, F. Pessoa, L. de Greiff o A. Pizarnik; mundos como los de J. L. Borges, L. Carroll, J. Lezama o A. Arturo; idearios como los de A. Bretón, L. Cernuda, R. M. Rilke o J. Gaitán Durán; poéticas como las de O. Paz, E. Pound, J. A. Silva o H. Michaux. En la confluencia de estos cuatro puntos cardinales habría de avanzar la poesía colombiana por cuatro sendas, no siempre distintas, de la creación poética: la de la sugestión por las fuerzas del lenguaje que incluye la

construcción arcaica; la del habla coloquial y directa, que incluye la anécdota; la de la expresión indirecta, que incluye el humor y la imagen; la de la enunciación lírica, que incluye la leyenda. Al aficionado a los versos corresponde seguirlas en cada una de las voces aisladas.